

FA. 280. 312 (A-15)

3 P

50/100

A. Mon. C. Rojas - 5 ABRIL 93 - 10

6

# ZARAGOZA.

POEMA

POR

*Don Francisco Martinez de la Rosa.*

---

LONDRES,

EN LA IMPRENTA DE T. BENSLEY, BOLT-COURT,  
FLEET-STREET.

1811.

118685894

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

# ZARAGOZA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

## LONDON

THE UNIVERSITY OF CHICAGO LIBRARY

1811

1811

## ADVERTENCIA.



ESTE poema fué presentado á los premios nacionales, ofrecidos por la Sup<sup>a</sup>. Junta Central, y despues no cumplidos, sin que la nacion hasta ahora haya sabido la causa. Asi, el autor casi tenia resuelto, que jamas su obra viera la luz pública, quando varios literatos, residentes en Londres, amantes de las glorias de Zaragoza, le estimularon á publicar este elogio, aunque débil, del heroismo de aquella célebre Ciudad.





## P O E M A.



Sobre ruinas y triunfos Zaragoza  
De la terrible lucha reposaba,  
Que por dos lunas agitó su suelo;<sup>a</sup>  
Quando, á la voz de Marte pavorosa,  
Se estremeció Pirene, y de sus cumbres,  
Con las llamas y el hierro amenazando,  
Lanzáronse mil barbaras legiones.  
En vano, ¡oh Dios! en vano,  
A poner freno á su furor insano,  
Braman los aquilones;  
Rompen sus cauces los hinchados rios;  
Tala el invierno la aterida tierra;  
Y de inclemente nieve coronada,  
Alza su frente la riscosa sierra.  
¿ No los veis, no los veis ardiendo en saña,  
Arrasar montes, devastar los llanos,  
Incendiar pueblos, y en feroz sonrisa,  
Rasgar el seno de la triste España,  
Que incauta un tiempo los llamara hermanos?

¿Quién osará del rápido torrente  
 El ímpetu atajar? Cayó Castilla;  
 Se ahuyentó nuestra hueste desbandada;  
 Y al furor de la barbara cuchilla,  
 Con la sangre de mayo salpicada,  
 Tendió Madrid la desdorada frente.  
 Por vez segunda el Tajo caudaloso  
 Al inclemente yugo se condena;  
 Y allá baxo la tierra, prodigioso  
 Sepúltase Guadiana,  
 Rehuyendo altivo la servil cadena.

El enemigo bando

Las palmas bate, y por los aires suena  
 Su horrísono clamor. . . . . ¡ay, quanto, quanto,  
 Mísera España, de destrozo y ruina,  
 Quanto de luto, y de amargura y llanto,  
 Tu suelo amaga y tu beldad divina!

Ya cien y cien legiones

Del Ebro cubren la anchurosa márgen;  
 Tiembla baxo la inmensa pesadumbre  
 La sacra orilla; plumas y penachos  
 A merced de los céfiros ondéan;  
 Y los petos y yelmos centelléan,  
 Del claro sol á la radiante lumbre.

Los normandos frisonos  
 Baten con grave pié la helada tierra;  
 Piérdense los contrarios escuadrones,  
 Allá á lo lejos, entre densa nube;  
 Crece el estruendo, y el clamor de guerra  
 Puebla los vientos, y á los cielos sube.

De juncos y de adelfas coronadas,  
 Las Náyades, al eco tremebundo,  
 Sacan del agua los nevados pechos;  
 Y del bélico apresto amedrentadas,  
 Lanzan un grito, y cálanse al profundo.

Tened, tened, impios;  
 Suspended esas huestes ominosas  
 De muerte y destruccion: ¿á donde, á donde  
 Correis, blandiendo en la terrible mano  
 La ardiente antorcha y el acero insano?  
 ¡Piedad, piedad, crueles!  
 ¡Merced á Zaragoza!  
 Mísera, abandonada,  
 Aun gime dolorida;  
 Aun brota sangre la reciente herida,  
 Que en ella abriera vuestra cruda espada.  
 ¿No escuchais, qual resuenan por los vientos  
 Los agudos lamentos

De viudez y horfandad? ¡El sordo ruido,  
 Qual de lejano trueno, que retumba,  
 Allá en el hondo de la negra tumba,  
 Dó mil valientes victimas cayeron?  
 Piedad, por una vez: si buscais ruinas,  
 Si saciaros quereis en fiero estrago,  
 Sobradas ruinas, ¡ay! hartos despojos  
 Han que mirar los ojos.  
 Tended la torva vista, que aun huméan  
 Los techos incendiados;  
 Aun espantan con sangre mancillados  
 El suelo ilustre y los endebles muros.

Si, empero, tanto horror, si tantas muertes  
 No os bastan, proseguid: no lanzó en vano  
 La invicta Zaragoza el santo grito  
 De vencer ó morir; grito tremendo,  
 Que sobre el trono estremeció al tirano.  
 Amenazado, herido,  
 Ruge con mas furor el leon hispano,  
 La sangrienta guedeja sacudiendo,  
 Y al agresor se arroja, y se complace,  
 La presa entre sus garras dividiendo.

Seguid, seguid; la heroica Zaragoza  
 Al combate se apresta, á la venganza;

La espada vibran sus valientes hijos,  
 Y blanden fieros la terrible lanza.  
 ¿Cómo tan breve su constancia invicta  
 Pudisteis olvidar y su ardimiento?  
 ¿En qué librais la bárbara esperanza  
 Del triunfo y vencimiento?  
 ¿No vió el Xalon profundo sus riberas  
 De enemigos cadáveres sembradas;  
 Y arrebatár su rápida corriente  
 Rotas corazas, petos y cimeras?<sup>b</sup>  
 ¿No vieron vuestras huestes debeladas  
 Los campos de Mallen? ; O nunca, nunca  
 Dignamente loadas,  
 Hablad vosotras, inmortales Eras!<sup>c</sup>  
 Decid como animosos  
 Los ínclitos del Ebro batallaran  
 Con las legiones fieras;  
 Y á la muerte tranquilos presentaran,  
 En vez de fuerte arnes, pechos desnudos.  
 No los filos agudos  
 Del duro acero, ni la fuerte lanza,  
 Ni el plomo ardiente su furor enfrenan;  
 Todo cede á la indómita pujanza  
 Del brazo aragones; heridos suenan

Cascos y petos; mézclanse las haces;  
 El polvo roba el inflamado cielo;  
 Y al duro encuentro, á los terribles golpes,  
 Los vientos rugen, y retiembla el suelo.

En sangre tintas, de pavor cubiertas,  
 Rotas huyen las barbaras legiones;  
 Y en tanto, tremolando los pendones,  
 Entran ufanos por las anchas puertas,  
 De guirnaldas y lauros adornadas,  
 Los hijos de la patria. ¡ Quántos, quántos,  
 Siguiéron á aquel triunfo! Siete veces  
 Miró embestida la Ciudad gloriosa  
 El blondo julio; y siete desplomarse  
 La sobervia enemiga, y contra el muro  
 Sus numerosas fuerzas estrellarse.<sup>d</sup>

Hiera el pavor los ánimos osados  
 De los feroces hijos de la guerra;  
 Y en cobarde rencor trocando el brio,  
 Quando la noche á la callada tierra  
 En luto envuelve, y en horror sombrío,  
 Bombas arrojan, que en su lumbre encienden  
 El aire tenebroso por dó hienden.

A leve impulso, la muralla fragil  
 En polvo cae deshecha;

Y qual tigre rabioso,  
 Por ruinas y cadáveres trepando,  
 Entra osado Verdier por la ancha brecha,  
 Y Léfevre orgulloso  
 La destructora turba acaudillando.<sup>e</sup>  
 De enemigos cubiertas  
 Véñse calles y plazas; atronando,  
 Rompen las hachas los robustos quicios;  
 Caen las ferradas puertas;  
 Arden los edificios;  
 Y el crudo incendio y la espantosa ruina  
 Mira el pueblo valiente,  
 Con pecho quieto, y con serena frente.

Ya en rancos alaridos  
 Celebra el triunfo la contraria gente,  
 Quando el cañon horrísono tronando,  
 Las espesas falanges desordena;  
 Agítase en confusos remolinos  
 La destrozada hueste; pavorosos  
 Caudillos y soldados se atropellan;  
 Y por el plomo destructor heridos,  
 Caen en la dura tierra confundidos  
 Con los tibios cadáveres que huellan.

En tanto, los terribles moradores

Arrójanles por claros y troneras,  
 Mil muertes y otras mil: allí, arruinando  
 La quebrantada, altísima techumbre,  
 Desquícianla; y desplómase atronando,  
 A impulso de su grave pesadumbre.  
 Allí, incendiadas vigas y sillares  
 De los deshechos muros arrancando,  
 Los impelen con ímpetu; los vientos  
 Braman con son horrísono apremiados;  
 Y los fieros guerreros á millares  
 Quedan entre las ruinas sepultados.

Ni fuga, ni piedad: por todas partes,  
 A la señal belísona furiosas  
 Arrójanse las tropas valerosas,  
 Que nacer viera el Llobregat ameno.<sup>f</sup>  
 La sorpresa, el desórden, la estrechura  
 Redoblan el horror del trance fiero;  
 Combaten crudamente brazo á brazo  
 Guerrero con guerrero;  
 Saltan rotos los hierros centellantes;  
 La tibia sangre por dó quier huméa;  
 Cada golpe una muerte; cada acero  
 Húndese en cien entrañas palpitantes.

¿Qué enristrar vale la potente lanza,



Qué el robusto frison, el fuerte escudo?  
 Con ímpetu de rayo se abalanza  
 El bravo aragones; burla los golpes;  
 Y entre el fuego y horror del trance crudo,  
 La vista apénas á seguirlo alcanza.  
 Hiérenlo; y fieramente embravecido,  
 Los montes de cadáveres salvando,  
 Penetra por las hastas enemigas,  
 En sed de guerra ardiendo y de venganza.  
 ¿Dó tornarán los fieros enemigos  
 La amedrentada faz? Hierro sus sienes,  
 Hierro amenaza sus cobardes pechos:  
 Destrozados, deshechos,  
 Ni oponer osan al comun estrago  
 La desesperacion; el hasta fuerte  
 Cae de su débil diestra desprendida;  
 Y al inclemente amago,  
 Inclinando cobardes la cabeza,  
 Ni el golpe esquivan de la cruda muerte  
 ; Quántas allí! Confusos, perseguidos,  
 Los restos de las bárbaras legiones  
 La Ciudad abandonan, que engreidos  
 Leve triunfo á su esfuerzo imaginaran.  
 La triste nueva de terror sombrío

Cobija el enemigo campamento;  
 Muere en los pechos el antiguo aliento,  
 Muere en los brazos el usado brío.  
 Al rayo abrasador del Can ardiente,  
 Allí lánguido yace el cruel guerrero;  
 Mas allá, sobre el arma reluciente  
 Débilmente apoyado,  
 Los mustios ojos fixos en la tierra,  
 Reposo anhela el mísero soldado;  
 Y apareciendo á su afligida mente  
 De Ulma y Dantzik las deslustradas glorias,  
 Dentro del pecho congojoso encierra  
 Hondos sollozos de furor y angustia.

Léfevre en vano intenta

Las tropas alentar, con faz mentida  
 Encubriendo el dolor que lo atormenta;  
 Recorre el campo, y su mirar incierto,  
 La rienda del caballo abandonada,  
 El tardo paso su penar anuncian;  
 Y aun tal vez, en su cuita sumergido,  
 Sin dello apercebirse,  
 Se escapa de sus labios un gemido.

Cayó toda esperanza: desde el monte  
 Descubren á los bravos combatientes,

Que vuelan al socorro apetecido  
 De la heroica Ciudad; la nueva hueste  
 El pavor de los Galos acrecienta;  
 Y qual banda de buytres, que se ahuyenta  
 Quando brilla relámpago á lo lejos,  
 Anunciando el horror de la tormenta;  
 Asi dispersos huyen, arrojando  
 Las mal usadas armas, y á la noche  
 Su salud en la fuga encomendando.<sup>h</sup>

Tal fuera vuestra infamia, hijos del Sena;  
 Tal el torpe baldon, que en vuestras frentes,  
 Secó los lauros de Austerlitz y Jena.  
 ¡Y aun osaréis luchar con los valientes,  
 Que tantas veces con heroica planta  
 Vuestras altivas águilas hollaron!  
 ¡Oh, cuánto afan, y destruccion y mengua,  
 Costaros ha la bárbara osadia!  
 ¡Quan terrible y sangriento  
 Será el nuevo escarmiento!

Aqui mi voz llegara; y las legiones,  
 Ya con hórrido estruendo,  
 A la Ciudad augusta se acercaban.  
 Sus negras alas desplegó la noche;  
 Y como en su alba cima vé Moncayo

Alienta, triste patria; que el acero  
 Ya en su terrible diestra centelléa,  
 Qual rayo en tempestad; su ademan fiero  
 Es precursor del triunfo; la victoria  
 Entre el marcial estruendo lo acompaña.  
 Miradlo, sí, miradlo; repitiendo  
 El sacro nombre de la madre España,  
 Se abalanza á las bárbaras legiones,  
 Seguido de la hueste numerosa;  
 Trábase la árdua lid; el bronce suena;  
 Todo es horror y muerte; el héroe invicto,  
 Cercado de enemigos escuadrones,  
 Hiende, rompe, destruye, desordena  
 Quanto se opone á su denuedo y brio:  
 ¿ Quien, quien resistirá? Rastros de sangre  
 Marcando van su rápida carrera.

La densa niebla, que aun el sol tardío  
 Con sus nacientes rayos no rompiera,  
 Envuelve á los feroces combatientes,  
 Los mezcla, los confunde, y acrecienta  
 La horrenda mortandad; caen los valientes;  
 No hay perdon al rendido; á hierro y fuego,  
 Destrúyense las haces inclementes.  
 ¿ No basta tanto estrago, tanta ruina?

Nueva lucha arde allí; nuevo destrozo  
 Allí, y allí tambien; en la colina,  
 En la márgen del Gállego, en el puente,  
 En los vecinos campos inundados  
 Por la profunda, rápida corriente.<sup>k</sup>

La pericia, el furor, la muchedumbre  
 De la contraria hueste son en vano;  
 Cede al valor el número; y el arte  
 Al amor de la patria soberano.  
 El furibundo Marte,  
 La flamígera antorcha sacudiendo,  
 Recorre el campo; acá y allá revuelve,  
 Sobre muertos y heridos, los caballos  
 Del carro destructor; y á la venganza,  
 A muerte incita con clamor horrendo.

A la voz imperiosa,  
 Renacer siente el enemigo bando  
 Su bravura feroz; y se abalanza  
 Al fuerte parapeto, el nombre odioso  
 Del sanguinario déspota aclamando.  
 De horror y muerte y destruccion preñadas,  
 Con estruendo espantoso,  
 Rebientan las terribles baterías;

Yerma el inmenso llano de enemigos  
 El fuego asolador; retumba el bronce;  
 Murallas, combatientes, cielo y tierra  
 Confúndense entre el humo, y desaparecen.  
 ¿Qué se hicieron las huestes triunfadoras,  
 Que el mundo encadenaron?  
 Finó su gloria; qual ligera niebla  
 Ante recio huracan, se disiparon.

Palmas, coronas mil, Ninfas del rio,  
 Guirnaldas de laurel: cubrid el suelo  
 De mirto y de arrayan; y el dulce canto  
 La victoria remonte al alto cielo.  
 En sus ilustres lares,  
 Tiernas amantes, cándidas esposas,  
 Con voces armoniosas,  
 Repetirán los plácidos cantares.

Volad, héroes, volad; en la muralla  
 Las banderas espléndidas ondéan;  
 Suena alegre el clarin; álzanse triunfos;  
 Sobre tronchadas águilas y picas,  
 Pebeteros riquísimos huméan.

Todo era salvos, júbilo, alegría,  
 Quando la noche que en el negro carro,

Rodando por el cielo tenebroso,  
 Ya medio curso recorrido habia,  
 Llamó á los vencedores al reposo.  
 Pensativo, sangriento, polvoroso,  
 El fuerte Palafox, en el alcázar,  
 A nueva lucha y prez se apercibia ;  
 La soledad, el lúgubre silencio,  
 La techumbre de cedro, opaca, altísima,  
 Un temor inspiraban misterioso ;  
 Y el viento que á lo lejos sordamente  
 Vagando por las bóvedas se oia,  
 El horror augustísimo aumentaba.  
 El ánima del héroe se gozaba  
 En la terrible magestad sombría ;  
 Cuando temblar sintió baxo su planta  
 Los profundos cimientos del palacio.  
 Tres veces ¡ ay ! con hórrido estampido  
 Ronco trueno sonó ; se abrió la tierra ;  
 Y sobre negra nube se levanta  
 La venerable Sombra  
 De Rebolledo el Grande :<sup>1</sup> en la tiniebla,  
 Se vé centellear su faz divina ;  
 Tal como suele boreal aurora,  
 Cuando en los reynos de la eterna noche,

Cielos, y tierra, y mares ilumina.  
 Cércanlo en torno insignias y troféos;  
 Cúbrelo con su manto la victoria;  
 Y en el noble ademan, fiero y sombrío,  
 Ostenta grave su valor y gloria.  
 “ Ilustre nieto, (dice en voz pausada)  
 El placer penetró mi hondo sepulcro,  
 Cuando incansable, en el ardiente estío,  
 Lidiar te ví, y vencer. Mas árdua lucha,  
 Mayor constancia, esfuerzo y heroismo  
 Hora la patria exige: quantos males  
 Abortar pudo el Genio dela guerra;  
 Quantas plagas ; oh Dios! guarda el abismo  
 Para afligir los míseros mortales;  
 Y el cielo airado en su venganza encierra;  
 Van sobre tu cabeza á desplomarse.  
 Naturaleza toda conjurada  
 Vendrá de lleno sobre tí: la tierra,  
 En sus profundos senos agitada,  
 Sacudirá con horroroso estruendo  
 Defensores, murallas y edificios;  
 Lloverá fuego; el hambre, la atroz muerte,  
 Con mano yerta y pálida tendiendo  
 El cetro asolador, en vasta huesa



La patria trocarán de los valientes.  
 Hijo de mi ternura, en ígneas letras,  
 Allá sobre los cielos esplendentes,  
 El nombre escrito está de Zaragoza,  
 Y el de Numancia allí, y el de Sagunto.  
 Mil siglos volarán sobre sus ruinas;  
 Se hundirán los tiranos y sus tronos;  
 Morirán astros; finarán imperios;  
 Eterno, empero, su renombre y gloria,  
 Durará, á par del mundo, su memoria.  
 Y la tuya tambien: grato el destino  
 Correr me ha concedido, ante tus ojos,  
 El velo diamantino  
 Que cubre el porvenir. Gemirá España  
 En congojoso afan; hijos y hermanos  
 Con sangre regarán el patrio suelo;  
 Que nunca, dílo al mundo, nunca el cielo  
 Dexó impune el sufrir á los tiranos.  
 Mas no feroz el déspota del Sena  
 Aherrojará sus inocentes manos;  
 Ni atará al carro á la nacion que un dia  
 Tierra y mar abarcaba, ambas regiã.  
 Asi plugo á los hados: Zaragoza  
 Caerá en expiacion; y de sus ruinas

Se alzará sobre el trono refulgente  
La libertad de la española gente.

Claro honor de mi estirpe, tú el primero,  
Arrostrando impertérito la muerte,

Debes abrir á la Ciudad augusta  
El ínclito sendero

De la inmortalidad. ¡Jamás cobarde  
Tender el cuello á la cadena insana!

¡Jamás besar la mano enrojecida,  
Con la inocente sangre castellana!"

¡Jamás! sí; yo lo juro....arreatado

Clamó así Palafox: la helada planta  
Abrazó de la Sombra, arrodillado;

Y al estallido súbito de un trueno,  
Se disipó el espectro, como el humo,

Al querer estrecharlo contra el seno.  
El héroe se inclinó; su pecho fuerte

Sintió oprimido de respeto santo;  
Y entorpecer sus agitados miembros

El terror silencioso de la muerte.  
En éxtasis profundo sumergido,

No levantó la faz, hasta que el día,  
Con pálidos fulgores asomando,

Comenzó á disipar la noche umbría.

Ya el tibio sol con paso perezoso  
 Su rostro por los montes descubria;  
 Quando, el cándido lino tremolando,  
 De la pérvida hueste un mensagero  
 Se acerca á la Ciudad: posa en sus labios  
 Falaz sonrisa, que el rencor no encubre;  
 Y mal oculta entre la verde oliva,  
 La ominosa cadena se descubre.<sup>m</sup>

“ ¡Paz, paz con los tiranos! Guerra eterna,  
 Guerra á la usurpacion: muramos todos,  
 Muramos, sí, vengados;  
 Antes que vernos á las torpes plantas  
 De bárbaros verdugos,  
 Sin libertad, sin patria, arrodillados.”

Asi gritó la inmensa muchedumbre:  
 ¡Guerra! el Gállego, el Huerba, el Ebro hinchados,  
 ¡Guerra! sonaron los profundos valles,  
 ¡Guerra! Moncayo y su elevada cumbre.

¡Visteis tal vez en el hercúleo estrecho,  
 Chocarse dos corrientes encontradas,  
 Por los opuestos vientos impelidas?  
 Mayor era el fragor: mayor estruendo  
 La Ciudad augustísima asordaba,  
 Que el que forman las selvas de Apenino,

Por el Aquilo y Noto combatidas.  
 Crece el marcial clamor; y entre las voces,  
 De Palafox resuena el ronco acento;  
 Tal como trueno en tempestad horrisona,  
 Que el mar acalla y el sañudo viento.  
 Resuena; y con la diestra no domada,  
 La flecha ensangrentada  
 ; Fiera señal de guerra!  
 Arroja al enemigo campamento.<sup>n</sup>

; Quánto trance cruel, de aquel momento,  
 Ciudad de gloria, ante tus muros viste,  
 Y mengua agena, y propio vencimiento!  
 Cada luz, nueva lucha; debelados  
 Vió cada luz los bárbaros guerreros,  
 Desde el Vístula al Tiber celebrados.<sup>o</sup>

; Quien domó su altivez, ó quien refrena  
 Su preciado valor? Endeble valla  
 De leve polvo y deleznable arena,  
 Los flacos torreones sostenidos  
 En endeble cimientto  
 Que, al sacudir el viento  
 El cañon estruendoso, titubéa;  
 ; Serán potentes á atajar la furia

De los que al mundo locos pregonaran  
Su irresistible esfuerzo en la peléa?

¡Ay! que airados encienden,  
En la fuerte trinchera guarecidos,  
La destructora mecha;  
¡Ay! que ya derruidos  
Los vacilantes muros, cae deshecha  
La alzada torre, que á la hueste fiera  
Terror y espanto fuera.<sup>p</sup>

¡Tú, tambien! ¡Tú tambien, Sancho divina,  
Honor y prez de Iberia, tú cercada  
De la atroz muerte y la espantosa ruina!  
Sálvate, por piedad: ¿no oyes el ruido?  
¿No ves el aire arder? ¿Como levanta  
Montes de escombros la preñada bomba,  
Y con horror la tierra  
Hace tremer baxo tu débil planta?  
Sálvate, por piedad; que no tan bella  
Formó natura tu graciosa mano,  
Para inflamar con ella  
El horrendo cañon; ni pudo insano  
Las Furias hospedar el blanco pecho,  
Para las Gracias hecho.

No mas lucha, no mas; el vasto mundo  
 Lleno está de tu nombre y de tu fama;  
 Lidiar te vió gloriosa el sol naciente,  
 Lidiar te mira, y ya en el occidente  
 Apénas luce su apagada llama.

Llega la noche; Venus tras las huellas  
 Del fugitivo sol, desaparece;  
 Y en los opacos cielos resplandece  
 El trémulo fulgor de las estrellas.  
 A su confusa luz, de la trinchera  
 Vése salir á la cobarde hueste,  
 Que á merced de las sombras y el silencio,  
 Quiere en sangre saciar la rabia fiera.

¿ Quien el horror de la tremenda noche,  
 La ciega confusion, el crudo estrago,  
 Osará describir? Diez veces fueron,  
 Las que sañudos los feroces Galos  
 Al arruinado fuerte arremetieron;  
 Diez, las que en polvo y sangre denegridos,  
 De los altos escombros derrocados  
 Con ímpetu cayeron.  
 Asi débil baxel, despedazado,  
 La prora abierta, en medio de las aguas,  
 Resiste entre las rocas encallado;

La mar en vano con furor impio  
 Bate el roto costado;  
 Crecen las olas, álzanse á las nubes;  
 Y en los frágiles leños estrelladas,  
 En leve espuma baxan y en rocío.

¡Ni cómo numerar tantos guerreros,  
 Que en el horror de la tiniebla oscura,  
 En las contrarias haces confundidos,  
 Tiñeron con mil sangres los aceros?  
 Cada qual es un Dios; ardientes rayos  
 Lanza en torno de sí; muy mas que todos  
 Impávida, animosa

La inmortal heroína,  
 De heridos y cadáveres cercada,  
 La fuerte diestra intrépida fulmina.

Salve, divina Sancho: amor sublime  
 De patria y libertad, tu dulce mágia,  
 Tu imperio soberano,  
 Bendiga eternamente el labio humano.  
 ¡Bendita, oh libertad! ¡Bendito seas,  
 Almo don de los cielos! Tú, solamente,  
 El brazo castellano,  
 Con los hierros de esclavo enflaquecido,  
 Alzaras contra el bárbaro tirano;

A tí España sus triunfos, á tí debe  
Sus lauros Zaragoza. . . . ; ay, qué trocada  
De la que fuera un dia,  
En sempiterno duelo sepultada,  
Resiste al hado ; y de la adversa suerte  
La implacable sentencia desafia !  
Llegó el plazo cruel: el negro trono,  
Sobre pálidos huesos asentado,  
Alzó el Númen del mal; la cruda muerte,  
Blandiendo con el brazo descarnado  
La terrible segur, corre y asuela;  
Y el contagio letal los puros ayres  
Inficiona con soplo envenenado.  
Los tristes habitantes en sus venas  
Sienten la sangre arder, y ponzoñosa  
Hinchar los flacos miembros denegridos ;  
Fuego abrasa sus ojos, sus entrañas,  
Y los cárdenos labios encendidos.  
No fuera mas terrible el diente agudo  
De víbora traydora, quando vierte  
Su veneno fatal, y con la sangre  
Rápido corre su licor de muerte.

Asi la vírgen yace, asi el anciano,  
La esposa, el niño, el jóven, el guerrero ;



Y en convulsiones hórridas luchando,  
 Lanzan el ¡ ay! postrero.  
 La hermana del hermano  
 Bebe el hálito infesto, y al sepulcro  
 Abrazados descienden; tierna madre  
 Del hijo al expirar la ardiente mano  
 Oprime contra el pecho;  
 Y ¡ oh triste! el mismo lecho,  
 La tumba misma unidos los recibe.

Luto dó quier y muerte: el hambre escava  
 Mas huesas que el contagio; enflaquecida,  
 Los amarillos miembros agitando,  
 Lenta carcome el mísero cimiento  
 De la angustiosa vida;  
 Y en eterno tormento,  
 A los invictos héroes aquexando,  
 Hunde en la tumba víctimas sin cuento.  
 ¿Dó los arcos de flores, las colunas,  
 Los altos monumentos?  
 ¿Dó el bélico clamor de los valientes?  
 Lánguidos, macilentos,  
 Rastrando van por las desiertas calles  
 Los exánimes cuerpos, sostenidos  
 En la robusta lanza; triste llanto,

Mortal silencio, lúgubres gemidos  
 Suceden ; ay! al armonioso canto ;  
 Y en vez de triunfos, que por tierra yacen,  
 Véanse solamente huesas y sepulcros.

Blanda la tierra os sea,  
 Héroes de bendicion ; siempre sereno,  
 No el cielo turbe vuestra quieta tumba  
 Con rayo abrasador, ni ronco trueno.  
 Yaced, yaced en paz ; Ebro en sus hondas  
 Concavidades gima congojoso ;  
 Y al correr por el pié de los sepulcros,  
 Béselos respetoso,  
 El bramido acallando de sus ondas.

¡ Una, mil y mil veces bienhadados,  
 Los que, al morir, vuestros tranquilos ojos  
 Fixar pudisteis en la libre patria!  
 No la vereis arder ; ni destruida,  
 Buscar entre sus ruinas los despojos  
 El Vándalo feroz ; ni ensangrentados  
 Los santos templos ; y la tierna esposa  
 Al triunfal carro, y los queridos hijos,  
 Y los ancianos padres amarrados.

Tan aciago momento  
 Natura entristecida

Presagió con agüeros pavorosos.  
 La faz mostrando en sangre enrojecida,  
 El sol se oculta, y las opuestas nubes  
 Tiñe con mil celages horrorosos.  
 De pálida corona circuida,  
 La luna brilla apénas, y se pierde  
 En medio de los cielos tenebrosos:  
 Y es comun voz, que por los ayres vagan  
 Pálidas luces, que en la triste noche,  
 Sobre el sepulcro lóbrego se encienden;  
 Y á los mortales siguen,  
 Si huyen con pié medroso; y raudas vuelan,  
 Si con osada planta las persiguen.<sup>s</sup>

De tan tristes auspicios amagada,  
 Vé impávida acercarse el fin tremendo  
 La heroica Zaragoza; derruidos  
 El mal trabado muro y torreones,  
 En pálidos espectros convertidos  
 Los fieros campeones;  
 ¿Qué valladar enfrenará el impulso  
 De las fieras falanges enemigas?  
 Cobardes, sí, cobardes,  
 Ni medir osan el traydor acero  
 Con el débil guerrero,

Que apenas mueve el paso mal seguro,  
 Ni penetrar por el deshecho muro;  
 Y ¡oh mengua! oh vilipendio! los que osaran  
 Señores proclamarse de la tierra,  
 Las célebres legiones,<sup>t</sup>  
 Que desde el Nilo al Báltico llevaran  
 La asolacion y espanto de la guerra;  
 Los ínclitos caudillos cuya fama  
 Temblar hiciera tronos y naciones,<sup>u</sup>  
 No asaltar osan las augustas ruinas  
 De la triste Ciudad, que á un tiempo mismo,  
 Contrasta invicta quantas crudas plagas  
 Lanzó en mal hora el tenebroso abismo.

¡ Eterna maldicion al primer hombre  
 Que al arte diera y la cobarde astucia,  
 Lo que al valor y esfuerzo fué negado!  
 Nunca, nunca naciera; y victoriosa  
 Aun nos mostrara su divina frente  
 La noble Zaragoza.

¡ Ay mísera! qual arde! qual incendian  
 Mil y mil bombas los dorados techos!<sup>x</sup>  
 Arcos, colunas, cúpulas, gimnasios,  
 Y alcázares, y templos, y edificios  
 Desplómanse deshechos.

Sopla sañudo el Abrego, y derrama  
 El fuego asolador; entre humo y polvo  
 Sube ondeando la sonante llama;  
 Las nubes rompe con radiantes sulcos,  
 Y el negro cielo con su lumbre inflama.

Crece el voraz incendio; resplandece  
 La abrasada Ciudad, qual una hoguera;  
 Y el horror aumentando el sacro rio,  
 En su móbil espalda reverbera  
 El trémulo fulgor, y arder parece.

¿Porqué le fuera dado al hombre insano,  
 Con ánimo perverso,  
 Trocar en destruccion quanto fecundo  
 Para su bien le ofrece el universo?  
 ¿Porqué, buen Dios, baxo su torpe mano  
 Natura esclavizada,  
 Servirá á su furor? ¡Ay! sorprendida  
 La madre tierra en sus profundos senos,  
 La asolacion abriga y el estrago  
 De los héroes del Ebro; conmovida  
 Por el profundo incendio, se estremece  
 Con súbito fragor; ardientes minas  
 Horrisonas rebientan; piedras, arcos,  
 Al cielo arroja la esplosion tremenda;

Todo es incendio y ruinas;  
 Arde la tierra, y ábrese, y sepulta  
 Cien pórticos, y junto  
 Derrúmbanse cien torres en un punto.

Víctimas inocentes

Baxo rotos escombros oprimidas  
 La muerte invocan; sus agudos ecos  
 Retumban en los huecos  
 De las confusas ruinas, y se hiela  
 La sangre al escucharlos; busca el hijo  
 Baxo los propios techos arruinados,  
 Baxo los techos que nacer le vieran,  
 El paterno cadáver insepulto;  
 Y ante sus mismos ojos tierna madre  
 Vé hundirse para siempre  
 Las prendas de su amor en el profundo.

¿La constancia, el furor, el heroísmo  
 Serán de algún valer? Otra vez y otra  
 El horroroso abismo  
 Brama, y retiembla, y ábrese, y devora.  
 ¿Adonde, adonde huir? Baxo la planta,  
 Resuenan roncós truenos;  
 Y al estampar la huella, entre humo y polvo,  
 Por medio de la tierra dividida,

Muestra la eternidad sus hondos senos.  
 ¡ Piedad, cielos, piedad ! ¡ Ay ! arrancada  
 Del profundo cimiento, se estremece  
 De polo á polo la Ciudad divina;  
 Y vacila, y desplómase, y su ruina  
 De espanto cubre á las legiones fieras.<sup>y</sup>

Asi en tremendo dia,  
 Bramó el hórrido viento furibundo;  
 El eterno equilibrio  
 Perdió la tierra en la region vacía;  
 La mar inundó el mundo;  
 La Atlántida se hundió; y al sumergirse,  
 Pavorosos los vientos se aplacaron;  
 Y las mares sus aguas enfrenaron.

Fué Zaragoza, fueron sus valientes,  
 Su esplendor fué; su célebre renombre  
 Resta tan solo.... ¡ oh Dios! Si allá hasta el cielo  
 Sube la humilde voz del débil hombre,  
 Acoge mi plegaria bondadoso.  
 Nunca el arado tan sagradas ruinas  
 Llegue á romper, ni el venerando suelo,  
 Con tantos hechos ínclitos famoso.  
 Goze antes de morir, en negra noche,  
 Solo de algun relámpago alumbrada,

Visitar sus escombros respetoso ;  
 Allí posará el alma; dulce llanto  
 Descargará mi pecho comprimido ;  
 Y en las opacas ruinas escondido  
 El pavoroso buho  
 Me adulará con su agorero canto.  
 Allí sumido, entre el horror y espanto,  
 En meditar profundo,  
 Recorreré los siglos, la caída  
 De quanto ufano presentara el mundo.

¿ Qué es ya de la Ciudad, que al suelo Ibero  
 Dió dulce libertad en santas leyes?  
 ¿ La que ostentaba en su palacio augusto  
 Tantos despojos de vencidos reyes?  
 ¿ Cómo en sus anchas plazas no resuena  
 El hervir de la gente, el ronco estruendo  
 Del parche temblador? ¿ Cómo no truena  
 El horrísono bronce sobre el muro?  
 Largas calles por tierra derribadas,  
 Lúgubre soledad, mustio desierto,  
 Ruinas ensangrentadas  
 La vista anublan, y el cabello erizan.

¿ Quien ya el ciego furor del Galo fiero  
 Quebrantará en la lid? ¿ Quien pondrá linde



Al ímpetu feroz de su venganza?  
 ¿ Quien?...Torna, Palafox, torna á la vida,  
 Caudillo triunfador, vibra el acero;  
 Blande la dura lanza;  
 Acomete, destruye  
 Cien legiones y ciento;  
 Acorre al patrio suelo, que oprimido  
 En bárbaro tormento,  
 Contra el yugo inhumano  
 Implora tu favor, y clama en vano.

En vano, triste patria; que luchando  
 Entre los yertos brazos de la muerte,  
 Ya, ya en la linde del sepulcro umbrío,  
 Respira apénas tu adalid valiente.<sup>z</sup>  
 En su lívida frente  
 Impreso está el furor; hierve su pecho;  
 Y con mortales ansias apoyado  
 En la débil siniestra,  
 Asir intenta la invencible espada,  
 Que al lado pende del aciago lecho.

¿ A qué aguardais, o Vándalos? Heridos,  
 Moribundos, cadáveres, escombros,  
 Os podrán resistir? Entrad, crueles....  
 Entraron..... ¡ ay!.....entraron los verdugos....<sup>a</sup>

No mas: perdona, o Musa; no me es dado  
 El canto proseguir de horror y muerte;  
 Triste el laud resuena destemplado,  
 Al pulsarlo mi mano estremecida;  
 Y los hondos sollozos y gemidos  
 Que unidos a mi voz hieren el viento,  
 El canto truecan en discorde acento.  
 La cítara de Young, de ébano triste,  
 Cabe el opaco Támesis sonando,  
 Baxo el oscuro, encapuzado cielo,  
 Bastara solo á pregonar al mundo  
 Tan grave ruina, tan amargo duelo.

## N O T A S.

<sup>a</sup> EL primer sitio de Zaragoza duró desde el 15 del mes de junio del año 1808, hasta el 14 de agosto.

<sup>b</sup> Las primeras acciones en Aragon fueron las de Mallen y Gallur, á principios de junio del mismo año.

<sup>c</sup> La célebre batalla de las Eras de Zaragoza, dada á la vista de la Ciudad, el dia 15 de junio. Tropas sin vestir ni disciplinar, pelearon gloriosamente, y cogieron á los enemigos varios prisioneros y pertrechos.

<sup>d</sup> En el mes de julio dieron los franceses siete ataques infructuosos contra la Ciudad.

<sup>e</sup> El dia 4 de agosto lograron penetrar en Zaragoza las divisiones de los Generales Verdier y Lefèvre.

<sup>f</sup> Distinguiéronse mucho en estos ataques las tropas catalanas, que cogieron al enemigo dos cañones.

<sup>g</sup> Los enemigos levantaron el sitio al acercarse la division valenciana, mandada por el general Saint-Marc.

<sup>h</sup> Los franceses huyeron en la noche del 14 al 15 de agosto, abandonando fusiles y otros pertrechos.

<sup>i</sup> El Rey D<sup>n</sup>. Alonso 1<sup>o</sup> de Aragon conquistó á Zaragoza de los Moros, despues de un obstinado sitio, y una gloriosa batalla, no lejos de Daroca.

<sup>k</sup> La accion del 21 de diciembre, (dia en que empezó el segundo sitio de Zaragoza) fué de las mas gloriosas de ambos sitios: el autor ha seguido exactamente, al describirla, el parte oficial, contenido en las gazetas de Zaragoza; sujetándose en lo posible á la descripcion topográfica del terreno.

<sup>l</sup> D<sup>n</sup>. Rodrigo de Rebolledo, tronco de la familia de los Palafoxes, adquirió por sus muchas victorias el sobrenombre de Grande. Hacen mencion de él Lanuza y Zurita.

<sup>m</sup> El dia 22 de diciembre de 1808, intimó el Mariscal Monecy la rendicion á Zaragoza.

<sup>n</sup> El mismo dia contestó Palafox, en una carta, llena de valor y patriotismo.

<sup>o</sup> Hubo varias acciones, entre las quales se debe distinguir, la del 25 de diciembre, mandada por el General Oneil; y la de caballeria, de 31 del mismo, mandada por el Brigadier Bntron, contra la brigada mandada por el General Girard.

<sup>p</sup> El fuerte de S<sup>n</sup>. José, que hizo una defensa heroica, y fué evacuado por nuestras tropas, quando ya estaba demolido.

<sup>q</sup> Manuela Sancho, natural de Plenas, en la Serrania, de edad de 24 años, concurrió á la defensa de dicho fuerte, dando fuego á los cañones, y haciéndolo de fusil en la trinchera.

<sup>r</sup> Son increíbles los horrores del contagio que afligió á Zaragoza: los franceses confiesan en sus boletines, que

hallaron trece mil enfermos en los hospitales; y que morian quinientas personas diarias.

<sup>s</sup> Propiedades de los fuegos fátuos, que suelen encenderse en los cementerios.

<sup>t</sup> Comparando todos los documentos, se puede calcular, que el ejército enemigo ascendia á treinta mil hombres.

<sup>u</sup> Mandaron en el segundo sitio de Zaragoza Moncey, Mortier, Junnot, Lannes, el célebre General de ingenieros Lacoste, (que murió de un balazo el 1º. de febrero) Suchet, Laval, Girard, Gazan, Dédon-ainé, &c.

<sup>x</sup> Dédon-ainé, general de artilleria, publicó una relacion oficial del servicio de esta arma, en el sitio de Zaragoza; en ella descubre mil veces, á su pesar, el heroismo incomparable de los Zaragozanos.

<sup>y</sup> Viendo los franceses, que no podian de otro modo apoderarse de la Ciudad, empezaron bien pronto á usar de las minas; aun atacados de esta manera irresistible, manifestaron los Zaragozanos un heroismo sin igual, como se puede inferir de los partes de nuestros enemigos, publicados en las gazetas de Madrid, de aquella época.

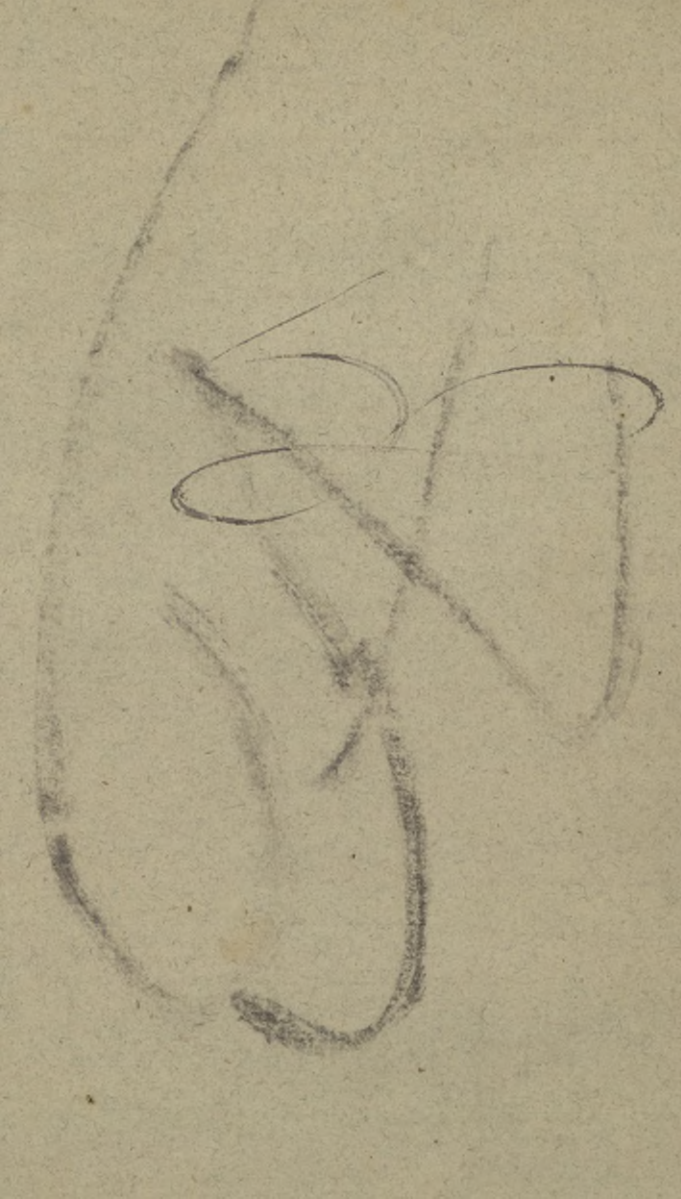
<sup>z</sup> Quando se firmó la capitulacion de Zaragoza, se hablaba Palafox moribundo del contagio, como lo confiesan hasta los mismos enemigos.

<sup>a</sup> El dia 19 de febrero de 1809, capituló Zaragoza; y el 21 entraron los franceses en la Ciudad arruinada.

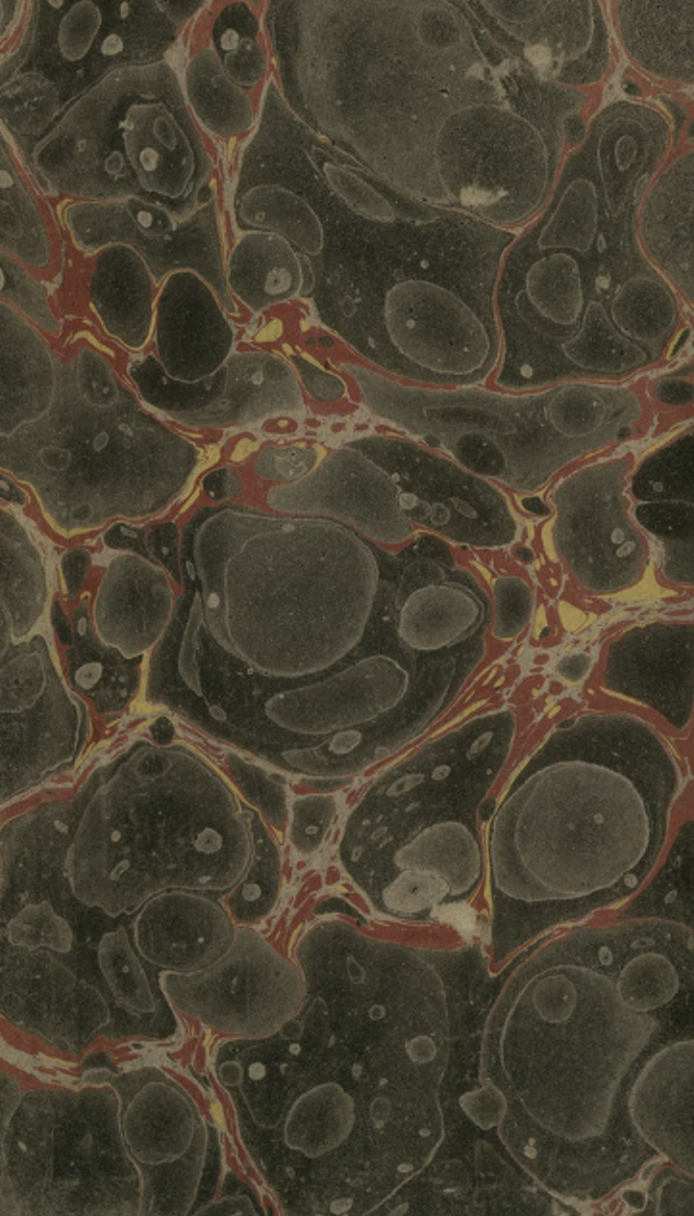
<sup>b</sup> El autor ha consultado, para informarse de los sucesos acaecidos en Zaragoza, las gazetas publicadas en esta

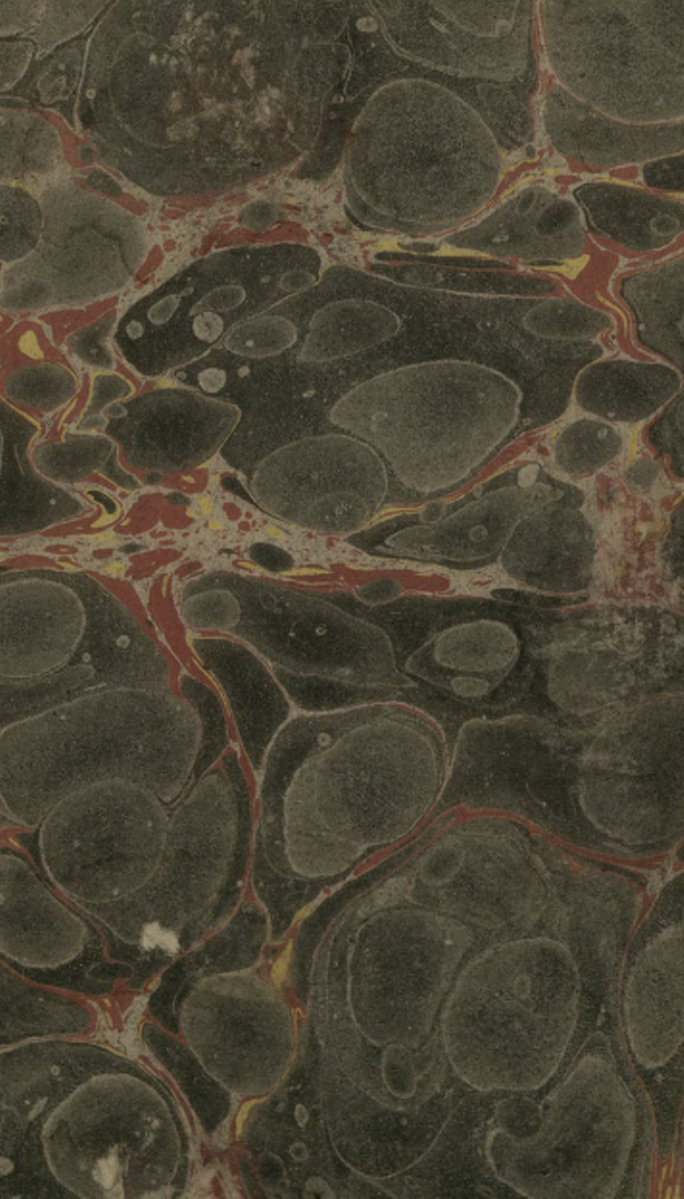
Ciudad, las de nuestro gobierno y los mejores periódicos de la península, las relaciones dadas por los enemigos en las gazetas de Madrid y en los papeles franceses, especialmente, el boletín 33 del ejército grande de España, el journal du soir de 9 y 10 de febrero y 10 de marzo, &c.















FORSIAS  
VARIAS

J. A.

